

EN BUSCA DE PAZ

Me llamo Miguel, tengo cincuenta y seis años y desde hace doce camino junto al señor Parkinson, al que más de uno confunde con el señor Alzheimer. A mi me ha tocado esta enfermedad, sin haber comprado boletos para la rifa. Cuando me fue diagnosticada, me resistí a creer que yo la tenía. No puede ser, esto, como los accidentes, les ocurren a otros. Cuando se trata de algo no grato, nos preguntamos por qué nos ha tocado a nosotros. Si nosotros sólo queremos que nos toque la lotería o algo bueno. Las enfermedades que se las den a otro. Cuando ya llevamos un tiempo enfermos y conocemos a otras personas que han corrido nuestra misma suerte, vemos que también a ellos la enfermedad les cambio la vida y sus proyectos, tanto personales como profesionales. Sólo entonces empezamos a darnos cuenta de que casi todos, hasta que no nos llega, ni sospechamos que también entramos en sorteo.

Los síntomas que tengo son, sobre todo, inestabilidad: mi cuerpo se balancea, si estoy de pie en un sitio fijo, y especialmente, cuando voy en un autobús urbano. Casi todos los días, noto una gran rigidez que me provoca movimientos involuntarios en el cuello: Discinesia. Para hacer cualquier cosa, cuando me muevo lo hago con extrema lentitud: Bradicinesia. No puedo controlar mis movimientos y sus altibajos. Sin mucha diferencia de tiempo, a veces, paso de ser como un conejito que camina ralentizado porque se queda sin pilas, a ser como una moto sin frenos ni dirección concreta.

La lucha para no dejarme vencer por el Parkinson es diaria y a veces, demasiado dura, sobre todo, cuando estoy en off y pretendo hacer algo tan normal como ponerme unos pantalones y no puedo hacerlo. Soy tozudo, no doy mi brazo a torcer fácilmente, pruebo y pruebo de nuevo hasta que, haciendo acopio de fuerza lo logro. Pero algunas veces, cuando esto sucede, ya ha pasado media hora. Mi esfuerzo ya no tiene sentido, no tiene objeto haberme puesto los pantalones, si se ha hecho tarde para ir donde tenía previsto hacerlo. Así son algunas de las cosas que me pasan a mí con esta dichosa enfermedad.

También he de reseñar que no todo lo que me ha traído esta enfermedad ha sido negativo. A causa del Parkinson he conocido héroes anónimos que hacen milagros cada día sin percatarse de ello. Otras personas que no tenían nada, pero que me daban todo, además de recibir una buena atención y gran afecto por parte del neurólogo que me ha tocado en suerte. También he sido testigo de la solidaridad que existe entre los enfermos de la Asociación.

Soy soltero, aunque no virgen. En mi vida he tenido amores y amoríos que nunca llegaron a cuajar en casamiento. Me alegro de que así sucediera, porque de haber sido las cosas de otra manera, no habría tenido la oportunidad de conocer a Paz, de la que, a pesar de mi edad, mi

EN BUSCA DE PAZ

enfermedad y otras rarezas de mi carácter propias de mi soltería, estoy muy enamorado, como si tuviera dieciocho años.

Hace seis meses que fui a Granadilla, el pueblo de mi amigo Ramiro, para pasar unos días con él, y de paso conocer a su hermana Paz (bendito sea el momento en que lo hice). Ella me cayó muy bien desde el día que la conocí. Tenía un aire entre juguetona y traviesa, y una sonrisa perenne. De boca pequeña, nariz chata y pequeños pómulos, no era muy alta pero estaba bien proporcionada y poseía unos ojos increíblemente expresivos. Ella era viuda. Menudo duelo debió sentir el finado al dejar aquí en la tierra un tesoro de mujer como es Paz. En ella he encontrado el amor de mi vida, a la vez que he recobrado serenidad interior. Nada más vernos, ambos supimos, que algo fuerte y especial nos atraía a los dos.

El pueblo en que ellos viven es bonito y acogedor, de gente amable y hospitalaria. Es como la hermana pequeña de Granada: llena de jardines y reminiscencias árabes. Un pueblo encantador. Ciento doce habitantes tenía cuando llegue yo, aunque había unas seis personas esperando para inscribirse en el padrón, desde hacía varios meses, pero nadie lo hacía por la superstición del número trece. El alcalde tuvo que tomar una decisión salomónica, desde entonces ya no hay números en el padrón que sean trece. Ahora hay doce más uno, y la gente ya sin ningún temor, se ha empadronado.

Yo ya me habría quedado en Granadilla junto a Paz, pero ella deseaba estar un tiempo sin mí, para así ver claro si estaba enamorada. Yo creo, sin ánimo de presumir, que sí, que lo estaba, aunque, de cualquier forma, me di cuenta de lo bonito y al mismo tiempo, lo extraño que es el amor. Cuánto me quería Paz, ¡cómo me miraba! Toda su cara era alegría. Ni tan siquiera mi viejo acompañante Parkinson fue capaz de borrar su sonrisa.

Cuando regrese a Granada, eché mucho de menos a Paz. Para dar sentido a mi vida y ocupación a mi mente, opte por escribirle dos veces al día: mañana y tarde. Todos los días me desplazaba al estanco más próximo a mi domicilio para comprar dos sellos. Ello dio lugar a conocer, en principio, y más tarde a relacionarme con la dueña del estanco y su simpática hija. La madre se llamaba María de los Dolores y era de lo más hipocondríaco que vivía bajo el hermoso cielo de Granada, su nombre le hacía honor. María de las Angustias, la hija, estaba enamorada de Benito, que era el frutero que hay junto al estanco. Él no respondía a sus miradas, sino que se ponía rojo y bajaba la cabeza. Quizás el muchacho era demasiado tímido para el gran desparpajo que la joven emanaba. Indudablemente, no estaban hechos el uno para el otro.

Llegue a hacer una buena amistad con las dos mujeres. Ellas eran viuda y huérfana de Tolomeo, militar que murió en acto de servicio, cuando hacía aguas menores, en un baño del cuartel el techo se vino abajo. Desde entonces, su viuda lo recuerda como un héroe, quedo impresionada al

EN BUSCA DE PAZ

saber de la valentía de su marido, que no dio un paso atrás para huir de lo que se le venía encima. Después del desgraciado accidente, se rumoreó que no había podido salir porque tenía Parkinson y en ese momento estaba en off. Eso no era cierto. Él teniente Tolomeo del Yerro, nunca tuvo Parkinson ni nada que se le pareciera.

Se investigó por qué Tolomeo no había escapado del baño, tal como otros habían hecho y se averiguó que bajo los zapatos del militar había miel,

dado lo cual se explica que se quedase como si estuviese bloqueado y no pudiera salir corriendo del baño. También se investigó cómo había llegado la miel hasta el suelo del sanitario, pero este hecho no ha sido dado a conocer hasta la fecha.

Maria de los Dolores y yo nos pasamos de una a dos horas diarias conversando. A pesar de su manía de padecer un sinfín de enfermedades, es una mujer agradable, atenta y buena conversadora. A ella le he contado lo enamorado que estoy de Paz y que en poco tiempo, estará aquí para casarnos lo antes posible. La estanquera se emociona cuando hablo de Paz y me dice la gran suerte que tengo, por conocer el amor y disfrutarlo con tanta intensidad. Ella recuerda a su marido con cariño, pero a su lado no conoció la pasión que yo siento por Paz. Y es que el amor tiene muchas y muy diferentes formas de existencia. Depende de la edad, de la química, de la emoción... demasiados ingredientes para simplificarlos. Puede haber tantas y tantas variantes... que mejor es que cada uno de nosotros catalogue el suyo según le parezca.

Hoy es Miércoles. Voy andando camino de la estación para recoger a Paz, que viene acompañada de su hermano Ramiro. A pasitos cortos, me mezclo con la gente que transita por este bonito paseo de la estación. Algunas personas me miran con curiosidad por mi forma de andar. Hace mucho tiempo que no me molesta que la gente me mire, además, en estos momentos, el recuerdo de Paz es más fuerte que mi enfermedad. Cómo estaré de colado, que a veces ni siquiera me acuerdo del señor Parkinson, y es que no hay nada como el amor para transformar las cosas. Hoy puede ser un gran día. Uno de los más importantes de mi vida, hoy veré a Paz y ella me dirá si me acepta para ser su marido, su compañero, su amante o su novio eterno.

Estoy en la estación ante el andén donde va a parar el tren Sevilla-Madrid. No ha llegado aún, los segundos se van lentos, pero por fin lo veo aparecer y detenerse. Algunos viajeros empiezan a descender y van abrazando a sus familiares que allí se hallan esperándolos, otros van subiendo y se van acomodando en su interior. Pacientemente espero que de un momento a otro aparezcan Paz y Ramiro, pero el tiempo pasa y ellos no salen. Siento un nudo en la garganta y las lágrimas que silenciosamente invaden mis mejillas.

EN BUSCA DE PAZ

Después de transcurridos cinco minutos, el jefe de estación da la salida al tren. Saliendo del lugar, me cruzo con Emeterio y su mujer, son viejos amigos que me saludan: él alzando su mano derecha, ella con una sonrisa, correspondo a su saludo y abandono la estación. Justo en la salida dos mujeres, que llevan bata verde y están barriendo el suelo, me miran con cierto descaro mientras comentan algo de mí. Se ve claro en sus miradas. Desde donde estoy puedo leer en sus labios: “Todas las semanas viene en busca de una novia que tuvo... pobre hombre... dicen que cuando ella murió, él perdió la razón...”

Sí en esos momentos tuviese fuerza suficiente para discutir, les diría que se equivocan, que son habladurías, pero trato de digerir el mal trago que llevo encima. No estoy en condiciones de desmentir nada. Con firmeza, creo que Paz está viva, al menos así lo siento yo dentro de mí.

Otro día sin ella, otro verano que pasa, otro año contando a Maria de los Dolores mis fantasías. Ella me deleitara con sus mediocres, pero verdaderas vivencias. Así vivo mi vida, mezclando ingredientes: enfermedad, amor, amistad, fantasía, sueños...